



INMEDIATAMENTE Ibrahim que estaba en el interior del salón levantóse y gritó:

—¿Quién golpea la puerta?

El Califa respondió:

—Karim el pescador. He sabido que hospedabas esta noche á unos amigos, y vengo á traerte un pescado delicioso, fresquísimo, que está saltando en la canasta.

Precisamente á Ali-Nur y á Dulce-Amiga les gustaba mucho el pescado; y al oír las palabras de Harun regocijáronse, y Dulce-Amiga acabó por decir:

—Abre la puerta al instante, cheique Ibrahim, déjale que entre con su pesca.

El cheique Ibrahim se decidió á abrir la puerta, y el Califa disfrazado de pescador pudo ingresar libremente en el palacio y distribuyó las acostubradas saluciones.

—¡Bienvenido sea el ratero!—exclamó Ibrahim interrumpiéndole. —Este roba á los que pescan con él. ¡Bravo! Enséñanos el pescado sabroso de cuya posesión te jactabas.

Harun separó la hierba fresca y les mostró el pescado de la canasta: y todos vieron que los peces estaban vivos y saltaban.

—¡Por Alah! oh dueños míos, el pescado es tal que da gloria verle. Lástima que no esté frito—dijo Dulce-Amiga.

—¡Por Alah! tienes razón—exclamó el cheique Ibrahim.

Y volviéndose al pescador, le dijo:

—¡Oh, Karim, lástima que el pescado esté sin freir! Llévatele, cuida de que lo frian, y tráelo en seguida.

—Tu palabra es una orden para mí; voy á cuidar que lo frian y os lo devolveré—dijo el Califa.

Y todo el mundo le dijo á coro:

—Sí, sí, que lo frian, y tráelo en seguida.

El Califa salió corriendo, y fué en busca de Giafar y le dijo:

—Giafar, quieren que les friamos el pescado.

—Dámelo, Emir de los Creyentes—respondió Giafar—yo me encargaré de que lo guisen.

—¡Por la tumba de mis padres y mis antepasados!—exclamó Harun yo mismo he de ser quien fria el pescado, yo mismo, y con mis propias manos.

Fué el Califa á la choza de cañas que servía de habitación al guardián del palacio, el cheique Ibrahim, revolviólo todo y acabó por hallar los utensilios que el caso requeria, é ingredientes como la sal, el tomillo y las hojas de laurel. Aproximóse al hornillo y dijo para sus adentros:

—Acuérdate, Harun, de aquellos tiempos infantiles en que te divertías permaneciendo en la cocina, curioseando y molestando á las mujeres,

y husmeando en todos los rincones. Llegó el instante de que la experiencia de aquellas horas dé frutos sazonados.

Esto diciendo, tomó la sartén, púsola sobre el fuego, echó manteca y aguardó. Cuando la manteca hervía, tomó el pescado, que previamente había limpiado de escamas, lavado, aderezado y recubierto levemente de harina, y lo colocó en la sartén. Cuando el pescado estuvo enteramente frito de un lado, lo volvió del otro con exquisito arte. Luego, satisfecho de su obra, retiró el pescado de la sartén y lo extendió sobre anchas hojas de plátano. Fué al jardín, y cogió unos limones; cortólos y púsolos asimismo sobre las hojas. Finalmente, llevó el pescado á Ibrahim y sus comensales, y se lo entregó.

Ali-Nur, Dulce-Amiga y el chei-que Ibrahim extendieron las manos y comieron en seguida, y cuando hubieron terminado, laváronse. Y dijo Ali-Nur:

—Por Alah, oh pescador, esta no-



Cuando el pescado estuvo enteramente frito..

che te hiciste acreedor á nuestra gratitud.

Y llevó la mano al bolsillo y le ofreció tres dinares de oro, que formaban parte de la suma que le diera generosamente en Basora el joven chambelán de su padre, el amable Sanjar; y tendiéndolos al pescador, añadió:

—Excúsame, oh pescador, si no te ofrezco una suma más considerable. ¡Por Alah! Si te hubiese conocido antes de los últimos acontecimientos de mi vida, con más largueza anduvieras recompensado, y jamás volviera la miseria cruel á cernerse sobre tí. Toma ahora estos dinares que mi actual estado me permite ofrecerte.

Y obligó al Califa á que aceptase el oro que le tendia, y el Califa lo tomó y lo llevó á sus labios y luego á su frente, como para dar gracias a Alah y á su protector; y metió el oro en su bolsillo.

Pero lo que deseaba el Califa con más ansia era oír á la joven esclava; y para determinarla á cantar nue-

vamente delante de él, dijo á Ali-Nur:

—¡Oh, joven señor, tus mercedes y tu generosidad pesan sobre mi cabeza y deslumbran mis ojos! Pero el más vivo deseo que alberga mi pecho es el de oír á esta esclava tocar el laud y cantar, ya que, ó mucho me engaño ó su voz ha de ser admirable. Las canciones me encantan y el laud me seduce, y no hay invento, á mi juicio, que les supere en delicia.

—¡Dulce-Amiga!—exclamó Ali-Nur

—¿Qué quieres, señor mío?—respondió Dulce-Amiga.

—Por mi vida, si ella te es cara, te ruego que cantes lo que te plazca, y de esta suerte regocijarás al pescador que ahincadamente desea oír tu voz.

Oidas las palabras de su dueño, Dulce-Amiga tomó el laud sin remisión, le arrancó algunos sonidos á guisa de ensayo, empezó subitamente un prelude que arrebató á los oyentes, y al fin, cantó los siguientes versos:

La joven esbelta y bella,
con la yema de sus dedos
acarició su laúd,
y mi alma huyó del cuerpo.

Su voz á todos los sordos
el oído devolvió,
y los mudos exclamaron:
—¡Oh, el encanto de esta voz!

Dulce-Amiga, después de cantar
estos versos, continuó haciendo vi-
brar las cuerdas del instrumento
con tal destreza, que enloqueció á
todos los concurrentes, y luego, son-
riendo, cantó otros versos:

El suelo tiembla de gozo
pues le holló tu piececito;
y la luz de tu mirada
lanzó la noche al abismo.

Para que vengas, mancebo,
mi casa perfumaría
con almizcle, agua de rosas
y aromática resina.

Prodigó Dulce-Amiga tales exqui-
siteces en su cantar que el Califa
sintióse transportado á las regiones
sumas de la bienaventuranza, y en-
teramente arrebatado, y exclamó
sin poderse contener:

—¡Oh, Alah! ¡Alah, Alah, Alah!

—Pescador—le preguntó Alí-Nur:—
¿Satisfizote la melodía de mi compa-
ñera? ¿Sedújote el estilo inefable
con que pulsa las cuerdas del laúd?
—¡Sí, por Alah!—respondió el
Califa.

Alí-Nur, que ordinario entregaba
sin vacilar á sus huéspedes todo ob-
jeto que les pluguiera, dijo al Califa:

—Puesto que la esclava te seduce,
yo te la ofrezco; hágote presente
de ella. Recibe confiadamente el re-
galo de un corazón generoso que
jamás vuelve á tomar lo que ha dado
una vez. Toma la esclava. Tuya es
desde ahora.

Levantóse Alí-Nur, cogió rápida-
mente su capa, envolvióse en ella, y
sin decir palabra á Dulce-Amiga, se
dispuso á abandonar la sala, dejan-
do que el Califa, disfrazado de pes-
cador se apoderase libremente de
Dulce-Amiga.

Dulce-Amiga le dirigió una mirada
á través de sus lágrimas, y le dijo:

—¡Oh, Alí-Nur, señor mío! Vas á
abandonarme y repudiarme inde-
fectiblemente, sin decirme adiós, por

última vez! Ténte, por favor; deja que me despida de ti. ¡Escucha, oh Ali-Nur!

Y Dulce-Amiga recitó quejumbrosamente los siguientes versos:

De mí quieres alejarte,
sangre de mi corazón,
tú que moras en mi pecho
herido por el dolor.

¡Oh, Alah misericordioso,
tú en el Universo imperas
y distribuyes mercedes,
aunque las vidas dispersas!

Cuando Dulce-Amiga hubo terminado su queja, Ali-Nur se acercó un poco á su amiga y le dijo:

Cuando de la despedida
hubo llegado el instante,
ella me dijo llorando:
—¿Por qué quieres ausentarte?

Yo la dije:—Queda el alma
suspendida á tus umbrales;
más se ausentará de ti
el que junto á ti quedare.

Al oír estas palabras el Califa se sintió dolorosamente conmovido porque al fin él había motivado la separación de los amantes; mas por otra parte se sorprendió infinito de la fa-

cilidad con que Ali-Nur ofrecía á guisa de presente una mujer tan maravillosa.

—Dime, oh joven,—exclamó el Califa—y no vaciles en ser explicito con un coetáneo de tu padre. ¿Temes acaso que te detengan y castiguen por haber robado á esta joven, ó te obligan á cederla reveses lamentables de fortuna?

—¡Por Alah, oh pescador!—dijo Ali-Nur—á mí y á esta esclava nos ocurrieron sucesos tan singulares, que si alguno escribiese la narración de nuestras aventuras, pasmaríanse las gentes, y derrocarían las cabezas anonadadas al comprobar la perseverancia infalible del Destino.

—Apresúrate á contarnos la historia—dijo el Califa;—detalla los sucesos de tu vida; tal vez narrando tus desventuras alcances algún consuelo y hasta algún socorro, puesto que el consuelo y el socorro de Alah no están nunca lejos de los hombres.

—¡Oh pescador!—preguntó Ali-Nur.—¿Cómo quieres que te refiera mis aventuras: en prosa ó en verso?

—La prosa es un bordado sobre la seda—respondió el Califa,—y los versos son sartas de perlas.

—Oye ante todo el cordón de perlas—dijo Alí-Nur.

Y semicerrando los ojos inclinó la frente, y á media voz improvisó en el acto estos versos:

Del lecho de mi reposo
me ha sido forzoso huir.
Me mata el verme tan lejos,
tan lejos de mi país.

Tuve un padre que me amaba,
de los padres, el mejor;
pero ya no está á mi vera
que en la tumba se durmió.

Infortunios y dolencias
me acosaron sin cesar;
mis entrañas manan sangre,
rueda el llanto por mi faz.

Escogírame mi padre
belleza de gran valor;
plegábase como el junco
al aliento del amor.

Améla más que á la herencia
que de mi padre heredé;
améla más que al dinero
y que al rápido corcel.

Un día quise venderla;
me obligó Necesidad;
comparado con la ausencia
¡oh, cuán dulce es expirar!

Pregonóla el pregonero
y á la turba congregó;
pudo un viejo relajado
adueñarse de mi amor.

Al mirar al viejo innoble
la venganza deseé;
y á mi esclava di la mano
y volvíla á mi poder.

Mas el viejo relajado
á mi esclava se acercó;
el tumulto del infierno
percibí en su corazón.

Y mi diestra castigó,
con la izquierda le abati,
y la cólera del pecho
derramábase feliz.

Y temiendo las cadenas
el mercado abandoné;
y en mi casa hallé un refugio
y anidó mi amor en él.

Quiso el Rey que me encerraran
en la cárcel de dolor;
mas oí una voz amiga:
—¡Pide al viento salvación!

Abrazados los amantes
y llorando nuestro mal
aumentamos con el llanto
la amargura de la mar.

Pescador, ya no me queda
más tesoro que mi amor.
El tesoro que yo tengo
te lo cedo, pescador.

Yo entrego mis amores
mis amores gozarás,
y mi vida va contigo
pues mi amor contigo va.

Cuando Ali-Nur hubo exhibido la última perla de la sarta, díjole el Califa:

—¡Oh, mi dueño! puesto que has tenido á bien maravillarme con tu sarta de perlas, ¿quieres ahora detallar algo más bordando en seda los acontecimientos de tu historia singular?

Ali-Nur, seguro de conversar con un humilde pescador, le refirió los más mínimos incidentes de su historia desde el principio hasta el presente.

Cuando el Califa se hubo hecho cargo de todo lo ocurrido, preguntó:

—Dime ahora, ¿á dónde piensas encaminarte, oh dueño mío?

—Amigo—dijo Ali-Nur—tiene Alah innumerables llanuras y montañas.

—Escucha atentamente, oh joven—dijo el Califa.—Yo soy un humildísimo pescador; no obstante voy á escribirte inmediatamente una carta que tú entregarás personalmente al sultán de Basora, Mohamad ben-Soleiman El Zeini. Y él la leerá, y de mi carta sacarás venturosos resultados.

Ali-Nur respondió lleno de asombro:

—¿Vióse jamás que un pescador escriba con tal independencia á los monarcas?

Mas el Califa replicó:

—Cierto que parece extraña mi proposición; voy á decirte por qué motivo me permito obrar así. Siendo yo niño aprendí á leer en la misma escuela á que asistía Mohamed El-Zeini, y ambos tuvimos idéntico maestro. Y estaba yo más adelantado que él, y mi caligrafía era más bella, y aprendía los versículos del libro y los versos con más facili-

dad que él, y éramos grandes camaradas. Más tarde, la fortuna le favoreció y le sublimó al trono, y á mí, en cambio, los reveses me convirtieron en humilde pescador. Pero Mohamed El-Zeini no es desdeñoso ni altivo, y continuó dispensándome su amistad, y no me niega jamás favor alguno, y aunque todos los días le pidiese mil mercedes, no se cansaría de concederlas.

—Escribe, pues, lo que quieras— dijo Ali-Nur,—y yo le veré.

Sentóse el Califa en el suelo, cruzó las piernas; tomó un tintero, una pluma y una hoja; puso la hoja sobre la palma de su mano izquierda, y teniendo la pluma en su mano derecha, escribió ésta carta:

«¡En nombre de Alah, clemente y misericordioso sin límites!

»¡Atiende!

»Envía este mensaje Harun Al-Rachid ben-Madi El-Abbass, al regio señor Mohamed ben-Soleiman El-Zeini.

»Recuerda que mi favor te man-

tiene y que solo á él debes el haber nombrado representante mío en uno de los reinos de mi imperio.

»Paso á advertirte que el portador de este mensaje, que con mi propia mano escribo, es Ali-Nur, hijo de Fadleddin ben-Kacan, que fué tu visir, y descansa ahora en la misericordia del Muy Alto.

»Apenas hayas leído mis palabras, levántate y descende del trono, y coloca en él á Ali-Nur que reinará en mi nombre; yo le traspaso la autoridad de que antes te había investido.

»No te atrevas á diferir en lo más mínimo el cumplimiento de mi voluntad, y recibe mi saludo.»

El Califa dobló y selló la carta, y sin revelar su contenido á Ali-Nur, se la entregó.

Ali-Nur tomó el mensaje, lo llevó á sus labios y á su frente, metiólo en el turbante y salió en seguida para embarcarse con rumbo á Basora.

En tanto Dulce-Amiga, agobiada

por el pesar, y más hermosa que nunca, se deshacía en lágrimas en su rincón, lamentando su abandono.

Hasta aquí hemos reseñado lo que ocurrió á Ali-Nur. Ocupémonos ahora de lo que ocurrió al soberano Califa Harún al Rachid.



UANDO el cheique Ibrahim, que durante largo tiempo no había dicho una palabra, vió la salida de Ali-Nur, volviése hacia el Califa á quien seguía tomando por el pescador Karim, y gritó:

—¡Oh, mezquino y miserable pescador! Nos trajiste dos ó tres peces que apenas valdrian veinte monedas de cobre, y no contentándote con hundir en tu bolsillo tres dinares de oro, quieres apoderarte de la joven esclava! ¡Infame! Vas á darme inmediatamente la mitad del oro, cuando menos; y asimismo, poseeremos la esclava en común.

El Califa al oír estas palabras, después de lanzar una mirada terri-